


Cintia Schwantes
(Trad. Aimée
González Bolaños)

*La construcción
de la destrucción: una
novela de formación
en tiempo de guerra*



La Segunda Gran Guerra dejó profundas marcas en la vida de los pueblos envueltos en el conflicto, no solo durante su desarrollo, sino también después. La literatura registrará esas marcas en diversos géneros, en diferentes literaturas nacionales y desde diversas perspectivas. Uno de los géneros visitados para expresar la experiencia de la guerra será el *Bildungsroman*. Entre las numerosas novelas de aprendizaje que reflexionan sobre las reverberaciones de la guerra, *Fiesta*, de José Luis de Villalonga es, quizás, una de las más conocidas, incluso porque redundó en una película intitulada *Escuela de Asesinos*.

Lo que define una novela de desarrollo es el proceso más o menos exitoso de una *Bildung*, lo que quiere decir una formación no solo intelectual, sino también emocional y moral, al final de la cual el protagonista logra alcanzar una inserción en su grupo social sin transgredir los valores más importantes que fueron establecidos durante su proceso de formación. Se torna problemático, por tanto, desarrollar un proceso de formación al mismo tiempo en que el protagonista, un joven sin experiencia del mundo, tiene que darle sentido a un mundo hecho absurdo por la guerra.

Rafael de los Cobos, el protagonista de *Fiesta*, como su propio nombre ya lo indica, es un joven patricio español, enviado por su familia a un internado católico en Francia para completar sus estudios. Más allá de la formación académica (que incluye equitación), Rafael experimenta una formación clandestina, que consiste en hacer circular material pornográfico (libros, postales de mujeres desnudas, etcétera) entre los colegas, recibiendo

y pasando adelante la literatura prohibida. Ese espacio restringido de aventura se amplía repentinamente cuando él es llamado por su padre para alistarse como voluntario en las fuerzas franquistas. La trayectoria formadora de Rafael, iniciada en la escuela interna, se continúa durante el propio viaje que lo llevará a España, bajo los cuidados del coronel Romerales. Es durante el viaje que Rafael conoce a Cecilia Harrington-Forbes, quien irá a iniciarlo sexualmente y quien lo motivará a reflexionar sobre la naturaleza de su incorporación al ejército. A esas alturas, él responde con una ingenuidad romántica reveladora de su formación aristocrática.

A partir de ese momento, su formación se dará en la convivencia con personas dispares, que a pesar de ello, o al menos teóricamente, comparten una misma idea. Las principales figuras serán Lady Cecilia Harrington-Forbes, una inglesa que defiende las desigualdades sociales porque ellas constituyen la mayor fuente de aventura y de quiebra del tedio, y La Horca, como es sugestivamente llamado don Joaquín de Masagual, el comandante del destacamento en el que Rafael servirá.

Cecilia lo hace hombre, y es bajo las órdenes de don Joaquín de Masagual que Rafael se torna un tipo especial de soldado: no un soldado que combate en el *front*, como él desearía en su ardiente idealismo de adolescente, sino el integrante de un pelotón de fusilamiento, pues el padre entiende que él poco serviría a la patria si muriera en combate. De sus compañeros de pelotón recibe las enseñanzas de cómo cumplir bien su tarea. Él la cumple con algún sobresalto, al principio, pero sin culpa, para espanto de Cecilia que, enfrentada a la realidad cruel de la guerra, se descubre más humanista de lo que sospechaba.

El papel de mentor, figura importante en las novelas de formación, será precariamente suplido. No hay muchos modelos a disposición de Rafael. Entre padre e hijo, el contacto es limitado, sobre todo en lo emocional. El narrador relata que el señor de los Cobos había besado al hijo apenas una vez, cuando de niño estuvo enfermo, y se arrepintió inmediatamente del gesto impulsivo que a ambos causara embarazo. Igualmente, el padre se perturbaba con la simple mención del nombre de la esposa. No obstante, el padre demuestra preocupación por el hijo: Rafael va al encuentro de don Joaquín de Masagual con una carta del propio puño de Juan de Los Cobos, el cual había sido su

compañero de armas en la juventud. El coronel entera a Rafael del contenido de la carta: el padre cree que la transición del colegio interno directamente para el *front* sería muy brusca, y sugiere que Rafael se junte al pelotón de fusilamiento (compuesto por voluntarios) bajo las órdenes del Capitán Aizpiri. «Endurecer» al muchacho es el objetivo del señor de los Cobos.

En el encuentro en que encamina al hijo a su antiguo compañero de armas, don Juan de los Cobos demuestra una cierta irritación en relación con el romanticismo de Rafael y a su disposición de morir por la patria. Pero, ya entonces, trata al muchacho como a un hombre hecho, haciendo comentarios que no haría delante de un niño. Él afirma que don Joaquín de Masagual es sorprendentemente feo, pero tiene un éxito increíble con las mujeres. Es de preguntarse si el señor de los Cobos escogería al coronel para ser el mentor de su hijo si supiese —nada en la narración indica este conocimiento— que La Horca estaba apasionado por uno de sus subordinados, el Capitán Casado.

Casado es inteligente y cínico, un ex actor cuya carrera fue interrumpida por la guerra. No obstante, él conserva algunos sentimentalismos, debidamente ironizados por La Horca. Eso, sin embargo, no es encarado como falta por el amante, y sí como marca de la juventud y, por tanto, uno de los encantos de Casado. A pesar de las desavenencias entre ellos, la relación es apasionada, al menos por parte de Don Joaquín.

El superior inmediato de Rafael, Aizpiri, tampoco podría servir como modelo. Si bien es un oficial responsable, cumplidor de sus deberes y buen amigo, Aizpiri está en el límite de sus reservas emocionales. Sus impecables guantes blancos, usados casi permanentemente, y en especial durante los fusilamientos, son la expresión de su deseo de vivir en un mundo limpio y ordenado —tanto en el sentido estricto como metafórico. El desorden y la suciedad de la guerra generan en él un malestar que bordea la angustia, como bien demuestra el hecho de que necesita tomar somníferos para poder conciliar el sueño en la víspera de fusilamientos.

Uno de los eventos comunes en la guerra —la toma de una aldea ocupada por los republicanos— redundará en una de las principales experiencias formadoras de Rafael, el cual se adormecía tranquilamente al ritmo del cañoneo de la vecina ciudad de Bilbao (que, como se sabe, cayó el 19 de junio de 1937). El

vicario de Argoitia, don Jacobo Armendáriz, después de la toma de la aldea, es conducido al cuartel general de La Horca, donde oficia la misa de forma atropellada. don Joaquín lo identifica como el francotirador que abatiera cerca de quince soldados de la torre de la iglesia —en verdad, el vicario no se esfuerza en esconder su identidad, y es duramente advertido por La Horca por haber tomado el lado equivocado en la guerra: una guerra de los ricos contra los pobres. Y los ricos acostumbran ser implacables (aunque no haya en la narración ninguna santificación de los pobres. Al contrario, cuando Rafael pregunta a Aizpiri si mujeres también eran fusiladas, el capitán le responde que muchas veces ellas son más feroces que los hombres, y Rafael recuerda varios miembros de su familia asesinados, y algunos de ellos con trazos de crueldad, por criados o campesinos, tanto hombres como mujeres).

Identificado como prisionero de guerra, don Joaquín da a don Jacobo la opción de ser fusilado o, si así lo prefiriese, ahorcarse en el sótano. En este momento se le revela a Rafael, también al lector, el motivo por el cual ha recibido ese sobrenombre. Espantado, Rafael pregunta a Casado si realmente alguien escogería ahorcarse, y recibe una respuesta afirmativa: algunos prisioneros prefieren mantener su independencia y quitarse la vida, en vez de ser fusilados. Y el ofrecimiento es hecho como una forma de respeto al enemigo vencido. Al final, quien envilece al adversario, también acaba por disminuir su propia victoria. Casado afirma que Don Joaquín había admirado al vicario de Argoitia, pues él, un amante de la guerra, apreciaba adversarios capaces de batirse denodadamente. Cuando Rafael pregunta por qué, entonces, La Horca había resuelto fusilar a Don Jacobo, Casado explica que esa era, a fin de cuentas, una forma de protegerlo. Así, La Horca no tendría que entregarlo a los falangistas, que lo torturarían y al final lo matarían de cualquier manera. La Horca le ofrecía una muerte limpia, lo que, según Casado, en tiempos de guerra, es un presente principesco.

Rafael será el miembro del pelotón de fusilamiento que responderá a la posición del vicario. Si en su primera actuación en el pelotón, Rafael se había mostrado avergonzado, y sigue tirando automáticamente después de la orden de cesar el fuego, en este segundo momento, ahora ya experimentado, actuará como se espera: limpiamente. Rafael mira primero al co-

razón (al contrario de sus compañeros, que miran primero las piernas para obligar al prisionero a tambalearse, o la barriga, para causar el máximo de sufrimiento), lo que permite al vicario de Argoitia morir con dignidad, encarando a La Horca hasta el último momento. El coronel, que asistía al fusilamiento teniendo como convidados miembros de la sociedad local, se retira antes del final del espectáculo, como anteriormente había hecho Cecilia, choqueada por todo el aparato que envolvía a la ejecución.

Era exactamente ese aparato, sin embargo, el que tornaba el espectáculo atractivo para los convidados de La Horca. Y no solamente hombres, sino también mujeres, de todas las edades. Casado teje un comentario al respecto: las mujeres que aparecen al espectáculo, vírgenes o no, se excitan, entonces es el momento de poseerlas pues si la muerte es la contraparte del sexo, el crimen lo vuelve loco. La contradicción entre los principios cristianos y las reacciones de ese público, que se asemeja mucho más al público pagano de un circo romano, es bien subrayada por el comentario del capitán.

Después del fusilamiento, Rafael tendrá un contacto más directo con La Horca: durante la reunión que sigue al hecho, en una especie de vida social suscitada por la guerra, en que soldados y civiles conversan y son servidas bebidas y refrescos, el coronel enfrenta directamente al padre Tronchapinos, que era famoso por extraer confesiones antes de la ejecución de los prisioneros más recalcitrantes, no dudando en usar alguna violencia para el bien de sus almas. A partir de esa confrontación, él afirma ante todos los presentes que quien hace la guerra por idealismo está del otro lado; ellos hacen la guerra solamente para mantenerse ricos. Él mismo guerrea por amor a la guerra, una vez que la manutención, o no, del *status quo* poca importancia tiene para un hombre de su edad. Irritado por las reacciones de indignación despertadas, ordena a Casado que arroje a todos, pero mantenga al muchacho. Es así que Rafael asiste a la conversación entre los amantes y a la entrevista del coronel con su médico, aunque no comprenda bien qué está ocurriendo, pues se aleja hacia una ventana. Para sacarlo de ese alejamiento, el coronel se dirige directamente a Rafael, y a continuación se produce un diálogo en que él intenta conmovier, y al mismo tiempo inquietar al muchacho. En ese momento, sin darse cuenta que está siendo manipulado (lo que no escapa a Casado, quien pro-

cura defenderlo), Rafael se conmueve y, en un acto fallido que el coronel finge no percibir, lo llama «padre».

Ese pasaje es importante porque revela la claridad que don Joaquín tiene de la guerra y su extraño código de ética. El papel de mentor de Rafael, aunque no haya sido cumplido por ninguno de sus compañeros específicamente, será cumplido, no obstante, por ellos, en su conjunto. Dentro de ese conjunto, don Joaquín desempeña un rol importante, dada su posición en la jerarquía militar. De esa forma, se puede decir que el mentor de Rafael será la propia guerra. Aunque comprenda escasamente el discurso errático del coronel, Rafael revela, en ese momento, que absorbió alguna cosa de lo que vio y oyó en su estadía en el cuartel general de La Horca.

El reencuentro con Cecilia servirá como un contrapunto. Horrorizada ante lo que la guerra (con la cual ella, paradójicamente, también se había comprometido, y por razones semejantes a las de La Horca) había hecho del muchacho que había iniciado sexualmente hacia bien poco, Cecilia obliga a Rafael a explicarse, a reflexionar sobre sus experiencias recientes. La reflexión, en un *Bildungsroman*, es tan importante como los acontecimientos por los cuales el protagonista pasa, pues sin ella sería imposible llegar al objetivo último de un proceso de formación. La novela de aprendizaje se propone exponer la forma en que es elaborada una visión del mundo que, siendo suficientemente ética para no violentar los principios del protagonista, es también lo suficientemente pragmática para caber en el mundo donde, bien o mal, él tendrá que vivir. Es eso lo que la torna paradigmática, más que cualquier elemento estructural. *Fiesta*, no obstante, cuenta con los principales elementos estructurales de una novela de formación: el conflicto (si bien no explícito) con el padre, el viaje, la experiencia sexual (con dos encuentros, uno agradable y otro deprimente, aunque ambos con la misma mujer) y el encuentro con un mentor, todos ellos están, de alguna forma, presentes en la narrativa.

Por fin, después de todas sus experiencias bélicas, Rafael enfrenta su primer problema de conciencia: la hija de Valentín, un resistente que las fuerzas de La Horca no consiguen capturar, es apresada, y deberá ser fusilada de mañana, como forma de alcanzar al padre. A la muchacha, entre tanto, no se le informa lo que acontecerá. Toda la oficialidad joven está en desacuerdo

con la medida, pero nadie tiene coraje para enfrentar a La Horca, y Aizpiri pide a Rafael, como un favor especial, que tome parte en el pelotón de fusilamiento, con el propósito de garantizar que las cosas pasen «limpiamente». Rafael cambia su guardia con el centinela de la noche que precedería a la ejecución, y abre la ventana para distraer a la joven. Mientras ella observa la lluvia, él la abate con un único y sorpresivo tiro en la nuca, y después se sienta en el catre, a la espera de su destino.

Así, Rafael educado en una familia católica, se desembaraza relativamente rápido del quinto mandamiento, pero también descubre que algunos valores se sobreponen a la lógica de la guerra. Uno de ellos es la familia como valor: usar la hija para alcanzar al padre es algo que lo subleva. Otro es la inocencia. La violación simbólica del fusilamiento es aceptable cuando la víctima participó de acciones armadas. Pero atacar un enemigo más débil es igualmente inaceptable dentro de su escala de valores. Así él mata a la muchacha porque esa es la única manera que tiene de libertarla, como un imperativo moral, por lo cual está dispuesto a pagar.

Podríamos decir que el proceso formativo de Rafael de los Cobos no fue exitoso, toda vez que la visión del mundo que desarrolla lo coloca en confrontación directa con un mundo en el que precisa vivir. Su código de ética, aristocrático y matizado por la educación racionalista y humanista recibida en la escuela religiosa francesa, no se revela adecuado al contexto de la guerra. Sin embargo, entre correr el riesgo de una sanción que bien podría significar la pérdida de su vida, y violentar sus convicciones, Rafael toma la actitud de un guerrero. Al darle a la muchacha la gracia de una muerte limpia, él prueba haber aprendido la lección de La Horca: quien no respeta al adversario, ensucia su propia victoria.

Así, el proceso de endurecimiento pretendido por Juan de los Cobos no privó a su hijo del idealismo romántico que caracteriza al joven en el inicio de la novela. Rafael de los Cobos llega al final de *Fiesta* fiel a sí mismo, y capaz de un acto de heroísmo. Dentro de las condiciones adversas propiciadas por un mundo que la guerra ha vuelto absurdo, él toma la decisión más coherente y más corajuda. Si Rafael debía tornarse un soldado, podemos afirmar que su proceso de formación fue exitoso.

Bibliografia

- AMRINE, FREDERICH: «Rethinking the *Bildungsroman*», *Michigan Germanic Studies*, vol. 13, Iss. 2, 1987.
- BAKHTIN, MIKHAIL: *Estética da criação verbal*, Martins Fontes, São Paulo, 1992.
- GOHLMAN, SUSAN A.: *Starting Over: The Task of the Protagonist in the Contemporary Bildungsroman*, Garland, New York, 1990.
- HARDIN, JAMES (ed.): *Reflection and action: Essays on the Bildungsroman*, University of South Carolina Press, 1991.
- JAMESON, FREDRIC: *As marcas do visível*, Graal, Rio de Janeiro, 1995.
- SMITH, JOHN H.: «Cultivating gender: sexual difference, Bildung and the *Bildungsroman*», *Michigan Germanic Studies*, vol. 13, Iss. 2, 1987.
- VILLALONGA, JOSÉ LUIS DE: *Fiesta*, Artenova, Rio de Janeiro, 1972. ●

